

EL FENÓMENO

—Vamos, ¿te decides á que pongamos mi proyecto en planta?

—No sé qué te diga... Puede costarnos cara la broma.

—No lo creas... Al contrario, nos valdrá buen dinero. Sacamos en un santiamén treinta ó cuarenta duros, que nos vienen de perillas para pasar estos días de antruido alegremente.

—Mira que si se llega á descubrir, se va á levantar contra nosotros una polvoreda terrible; y después de habernos pasado el invierno estudiando sin levantar cabeza, sería una triste gracia perder el curso, y la carrera acaso.

—No temas: nadie se enterará, nadie sabrá nada; lo tengo todo bien pensado. Exhibimos el fenómeno mañana mismo, nos cogemos callandicamente el dinero de las entradas, y por la noche hacemos una gorda para celebrar el *Domingo gordo*.

—Pero ¿y el fenómeno, quién nos le proporciona?

—Por eso no te apures: ya tengo la cosa convenida con un traficante, que por una modesta gratificación nos la deja.

—¿Y cómo anunciamos la exhibición al público para que acuda á presenciársela?

—Por carteles pegados en las esquinas, como se anuncian siempre esas cosas.

—¿Por carteles?... ¿Y quién nos los hace?

—Una imprenta cualquiera.

—¿Y quién los encarga? ¿Quién va á recogerlos? ¿Quién los fija?... ¿Quién se pone luego á cobrar, á la puerta?... En fin, ¿quién da la cara para todo lo que sea necesario?...

—Mi patrón, hombre, mi patrón, el señor Manuel, que es pieza de rey para esas cosas... ¿No te acuerdas de cuando enseñaban el gigante portugués en la calle del Paso?... Pues él era también el que cobraba la entrada... El se encargará de todo eso, descuida; y nos lo hará perfectamente.

—¿Y si le preguntan la procedencia del fenómeno?...

—Dirá que le han traído unos franchutes que posan en su casa.

—Y ¿dónde hacemos la exposición? ¿dónde tenemos local aparente?...

—Ya le tengo elegido: un sitio muy á propósito, y de balde. Aquel casón des-

artado de la calle de la Rinconada, el antiguo palacio del Conde de Valdemora, donde estuvieron también las fieras de Bernabeu y después el elefante Pizarro... Tiene la casa un corralón inmenso, y á la derecha una cuadra con puertas grandes, todo pintiparado. En el corral, con tablas de la carpintería establecida en el piso bajo del palacio, y en la que mañana por ser domingo no trabajan, preparamos unos asientos para los espectadores, y en la cuadra, enfrente de las puertas, ponemos el monstruo completamente oculto hasta que llegue el caso, es decir, hasta que el corral se llene de gente... Hasta tiene la casa una puerta trasera que da á la Ronda, por donde podemos salir, sin que nadie dé cuenta, una vez hecha la recaudación y exhibido el fenómeno al público... ¿Te animas?

—Lo pones todo tan llano y plano, que casi me vas convenciendo.

—Quita el casi y date por convencido del todo.

—Si sale como tú lo pintas...

—Saldrá perfectamente, á las mil maravillas, no lo dudes... Si te parece, se lo diremos á Pepe Cañizal, y á Luis Barrios, y á Santiago Lomas, y á...

—Bueno: díselo si quieres á Cañizal y á Lomas y á Barrios; pero no se lo digas á mucha gente si no quieres que se trasluzca;

porque ya sabes lo que dice el refrán: «Cállalo, amigo; mejor lo callarás si no te lo digo.»

.....
Cosa de treinta años hará que pasaba esta conversación en una de nuestras ciudades más ilustres, entre Jerónimo Luna y Pedro Requejo, dos estudiantes de Teología, de raídos tricornios, de más raídas sotanas y de manteos aún más raídos con sus jirones correspondientes, señales inequívocas y honrosas de su antigüedad en la carrera.

Convencido Requejo, y aprobado definitivamente en otra junta algo más numerosa el plan de la exposición con todos sus detalles, Jerónimo Luna, que era el iniciador de la idea y autor del proyecto, desfigurando la letra por lo que pudiera suceder, escribió el anuncio: el amo de su posada, el señor Manuel, le llevó á la imprenta, de donde recogió los carteles impresos cuatro horas más tarde, y allá entre gallos y medias noches, el mismo señor Manuel, acompañado de Barrio y de Cañizal, el uno con una escalera de mano y el otro con una cazuela de engrudo, y hurtando las vueltas al sereno, los fué pegando sobre los de la última función teatral celebrada seis meses antes.

A otro día por la mañana las esquinas principales de la población lucían unos

grandes carteles amarillos que en letras de á palmo decían:

«¡¡¡MONSTRUO NUNCA VISTO!!!»

Y luego, en otras letras algo más pequeñas, pero muy visibles, lo siguiente:

«Esta tarde á las tres y cuarto, en el corral del Palacio de Valdemora (Rinconada, 7), se exhibirá al público un FENÓMENO MONSTRUOSO, un animal tan raro y tan contrario á todos los demás de su especie, que tiene la cola precisamente donde los otros tienen la cabeza.

»*Entrada general*, dos reales. Los niños á mitad de precio.»

Excusado es decir que los carteles fueron muy leídos y comentados toda la mañana.

En cuanto pasó la hora de comer, y con el bocado en la boca, fué acudiendo gente hacia el lugar de la exhibición. A las dos de la tarde, hora y media antes de la señalada, estaban ya los alrededores del corral llenos de chiquillos y de niñeras; después fueron acudiendo también mozalbetes del Instituto y hasta algunas personas mayores.

—¿Cómo es el monstruo, chacha?—preguntaba un niño á su rolla.

—No lo sé, hijo—le contestaba la muchacha:—allá lo verás.

—Yo he calculao que ha de ser algún zorro marino,—decía con voz ronca un zapatero remendón muy aficionado á la historia natural y al aguardiente.

—Lo que yo siento es que acaso sea algún basilisco ó algún dragón—decía una cocinera vieja,—porque los he visto pin-taos y ¡me dan un miedo!...

Por este estilo eran todos los demás comentarios con que el público impaciente entretenía el tiempo que le faltaba para llegar á la anhelada contemplación del fenómeno.

A las tres en punto entreabrió el señor Manuel la puerta del corral, y comenzó á cobrar entradas y á dejar pasar á los que iban pagando...

—Señor Manuel—le decía un granujilla,—me falta el ochavo *pa* el *rial*... ¡Déjeme usted entrar por los ocho cuartos!...

—Vamos, trae y pasa—decía condescendiendo el señor Manuel;—y eso que tú habías de pagar entrada completa, porque no eres ya de la cría de este año...

—¿Qué me cuentas del monstruo, Manolete?—decía familiarmente al cobrador su compinche el conserje de la Escuela de Veterinaria.

—Nada, chico—le contestaba el señor Manuel:—yo no le he visto, de manera que estamos iguales.

—¿Y no has oído siquiera de qué país procede?

—Creo que de... *Asnanía*...

—De Armenia querrás decir,—le replicaba el conserje.

—Puede ser que sea de Armenia, no estoy seguro.

—Sí; porque allí en Armenia fué donde paró el Arca de Noé, y deben de haber quedado por allí bichos muy raros...

—Este creo que es rarísimo...

—Sí, según reza el anuncio...

—¿Pero ese niño?—continuaba el cobrador dirigiéndose á una rolla que entraba embracilada con un rapazón que casi podía ser su novio...

—Este niño—contestaba ella,—¿por qué ha de pagar llevándole yo en brazos?...

—Es que le posarás luego,—replicaba el señor Manuel.

—¡Que pague, que pague!—gritaban algunos guasones desde la cola...

Los espectadores que iban entrando, después de un ligero reconocimiento del local, iban tomando asiento en las primeras filas de tablas.

Una colcha de percal azul con flores encarnadas cubría á manera de telón la entrada del establo.

Suponiendo que allí estaría el monstruo ó el fenómeno, los más atrevidos, ó los que

se tenían por más listos, se acercaban disimuladamente y desviaban un poco la colcha. Pero en vano, porque detrás de la colcha estaban las puertas... cerradas.

Cuando concluyó de entrar la gente que había en la calle, el patrón de Jerónimo Luna cerró de golpe la puerta del corral quedándose afuera.

Y como si aquel portazo hubiera sido la señal convenida, se oyeron al momento rechinar las puertas de la cuadra.

Gran expectación: algunos niños, que lloriqueaban impacientes, callaron; el público se quedó como en misa.

Medio minuto después una mano invisible descorrió la cortina, y apareció ante los ojos ávidos de los espectadores el monstruoso animal... que era un borriquillo amarrado al pesebre por el rabo.

Siguieron unos momentos de estupefacción... y de silencio, porque nadie quería ser el primero en confesar el chasco, ni en convencerse de la burla.

Después de unos instantes, un niño se atrevió á decir á su rolla:

—¡Chacha!... ¡Si es un burro!

—¡Calla, tonto! ¿Qué ha de ser un burro?

¿No ves que tiene la cabeza pa atrás?

Las palabras de la inocente criatura fueron para muchos una revelación. Merced á ella iban creyendo lo que antes, aun estándolo viendo con los ojos, no se atrevían á creer ni á sospechar apenas.

Algunos trataron de alborotarse.

Los más discretos, cuando se percataron de que no había por allí nadie á quién pedir cuentas, se fueron escabullendo del corral sin decir nada.

Alguno se aventuró á decir para sosegar á los alborotadores:

—No tenemos derecho para incomodarnos, pues se nos ha cumplido lo anunciado, escrupulosamente: el pollino tiene el rabo en el pesebre, que es donde los demás tienen la cabeza.

Las niñeras, cuando se convencieron de que era un burro, trataban de sacar el partido posible sirviéndose de él para pasear por el corralón á los chiquillos.

Mas cuando se comunicaban la idea unas á otras, llegó un aceitero, que haciéndose de nuevas y mostrándose muy enfadado, dijo:

—¿Quién sería el tuno que se divirtió en atar al revés á este pobre animalejo?

Y montándose en él, se salió del corral sin dar las buenas tardes.